





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

YO NACÍ CONTENTA EN ORAIBI BÉRENGÈRE COURNOT

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Née contente à Oraibi*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© Le Tripode, 2017

This edition is published by arrangement with Le Tripode in conjunction with their duly appointed agents Books And More Agency, Paris, France and The Ella Sher Literary Agency, Barcelona, Spain. All rights reserved.

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2022

© Errata naturae editores, 2022

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-10-9

DEPÓSITO LEGAL: M-25301-2022

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Ilustración de Laura Pérez

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

1

Yo nací contenta en Oraibi, antiguo poblado hopi encastrado a una alta meseta de Arizona. Y digo «nací contenta» porque con apenas veinte días, cuando las mujeres me presentaron al sol naciente, al parecer di unos grititos más parecidos a risotadas que a los habituales llantos de bebé. Tras el periodo ritual durante el cual permanecí a oscuras, unida todavía al mundo de abajo, seguramente me alegró descubrir por fin la luz del Cuarto Mundo, aquel en el que habría de hallar mi camino, en armonía con el gran proyecto de vida de nuestro creador: el Dios Sol, Taiowa.

Me han contado que una tía, para hacerme hija del clan, y también porque yo le había hecho pis encima la primera vez que me cogió en brazos, me llamó al principio Honawpaahu, Oso-que-se-derrama-como-una-fuente.

Luego, como aquel día me reía a carcajadas, otra tía me bautizó Tayatitaawa, La-que-saluda-al-Sol-riendo. Por último, como salí del vientre de mi madre con los pies torcidos, una tercera mujer del clan de mi padre me puso Tiihukuku'a, Pies-que-bailan-entre-dos-fuegos, hábil manera de conjurar la mala suerte y de consolar a mi madre, contrariada por esa pequeña discapacidad. Todas ellas me desearon que viviera muchos años con salud y que muriera sin sufrir mientras dormía, antes de llevarme a nuestra casa, donde la familia se había reunido para celebrar mi llegada a la luz.

En las semanas siguientes, dejé de orinarme encima de la gente y, atadita a mi cuna de junco, como todos los niños de pecho, yo con más razón debido a mis piernas mal formadas, reí antes de poder bailar. Por eso me quedé con Tayatitaawa.

Durante mucho tiempo, mis pies insensatos hicieron de mí una niña buena, muy diferente del niño que había llegado hasta mis padres antes que yo. Cuando yo nací, él llevaba ya varios años desplegando su energía de perrito de la pradera por el poblado. Al parecer, antes de aprender a andar ya se dedicaba a arrastrarse por ahí agarrado al trasero de los pavos salvajes. Varias veces estos lo llevaron hasta la manta de nuestra vecina, lo que desde aquel momento le valió el sobrenombre de M̀̀̀̀kwatsi, El-que-sabe-tratar-con-las-chicas.

Un día, mi madre lo atrapó en el borde mismo de la mesa, dispuesto a dejarse caer al vacío, y con tres años

se atrevía con todas las escaleras que se le pusieran por delante. Su juego preferido era liberar los halcones cautivos en los tejados de los vecinos. Tanto es así que, en una ocasión, uno de ellos, disgustado por haber perdido a su hermano alado por culpa del mío, mandó venir a Soyoko, el espíritu que castiga a los niños llevándoselos muy lejos del poblado. Mi madre tuvo que parlamentar largo rato con Soyoko y regalarle un saco lleno de maíz para que mi hermano pudiera quedarse con nosotros.

Mi padre se mostró menos indulgente cuando, poco después, sorprendieron a M̀̀̀̀kwatsi ensañándose con una serpiente. «Las serpientes son nuestras hermanas», le explicó a mi madre. «Hacerles daño es hacer daño a nuestro pueblo. Si los miembros de tu clan no castigan a nuestro hijo cuando se aparta del buen camino, tendré que hacerlo yo». Y, con las mismas, prendió una fogata de cedro verde y colocó a mi hermano encima, entre el humo ríspido y tóxico. Aquel día, M̀̀̀̀kwatsi aprendió dos lecciones: respetar a las serpientes y hacer sus experimentos lo más lejos posible de la mirada de nuestro padre.

Otra cosa que sé porque una hermana de mi madre me la contó es que el día que yo nací M̀̀̀̀kwatsi dio un grito. Un grito enorme, largo y bello.

Los dolores habían empezado a media mañana; las ventanas estaban tapadas; mi madre, en un lecho de arena caliente. Todo discurría con normalidad salvo porque a última hora de la tarde, a pesar de que el vientre se le

había puesto tan duro como una calabaza llena de agua, no se perfilaba ninguna grieta lo bastante grande para que pasara mi cabeza. Las mujeres del clan empezaban a temer un nacimiento a medias, que es lo que ocurre cuando las entrañas expulsan al bebé pero este se niega a traspasar la última puerta. Si el invaginamiento se prolonga, la vida de la parturienta corre peligro. Por turnos, le aconsejaban que se sentara, que se acuclillara, se tumbara, para obligarme a salir, pero era inútil, yo seguía sin asomar. Ante tamaño empecinamiento, acabaron quemando salvia apiana, por si un espíritu malintencionado, oculto en algún rincón de la casa, se había propuesto impedir mi alumbramiento. De nada sirvió.

Hacia el final del día, mi madre estaba considerablemente debilitada. Mi padre, al que las mujeres todavía no habían dado permiso para entrar, esperaba delante de la casa desde el principio, oyendo los gritos desgarradores que llegaban del interior. Cuando estos se transformaron en suspiros inquietantes, exigió ver a su mujer. Entró en la habitación en penumbra, buscó a mi madre a tientas y, agarrándola por la cintura, la abrazó con la esperanza de que así el vientre hinchado cediera. Nada.

A esas alturas, la única opción era hacer llamar a un hombre medicina. Mi madre prefería al del clan del Tejón, que vivía en Bakavi. Si mi padre se encaminaba hacia allí sin perder un segundo, cabía la posibilidad de que regresara con él antes de que anocheciera, pero alguien tenía que seguir asistiendo el parto. Así que fueron a buscar a mi hermano. Y Mánkwasí, en lugar de colocarse detrás

de mi madre, que era lo que se esperaba de él, ¡soltó un alarido espantoso! Algo inaudito, un grito ronco que parecía provenir de un lugar recóndito, no del vientre de un niño pequeño. Todo el mundo se quedó petrificado salvo yo, que lo interpreté como una llamada. Entonces vencí mi resistencia y acepté nacer en el seno de mi familia reunida.

Desde aquel día, dejaron de considerar a mi hermano un niño. Tras su iniciación, que tuvo lugar en la estación siguiente, a mi madre ya no le permitieron mimarlo como hasta entonces. A partir de ese momento, Mánkwasí pertenecía al mundo de los hombres, y debía cumplir con su parte del trabajo. Aquel verano, nuestros tíos le confiaron la vigilancia de seis melocotoneros; y mi padre, la custodia parcial de nuestro rebaño.

También obtuvo permiso para ir a la *kiva* con los viejos, aunque sacó poco partido a ese privilegio, pues le llamaba más la atención la independencia que le otorgaban las tareas al aire libre. Al principio, mi madre lo pasó mal al verlo distanciarse así, pero los cuidados que exigían mi corta edad y mis piernas arqueadas la distrajeran enseguida del vacío que dejaba su revoltoso primogénito. Un nuevo ciclo se había instaurado en nuestra casa, y yo ocupaba el lugar del último retoño.

Con todo, siempre me he preguntado si el grito de Mánkwasí fue obra de un adulto o una mera manifestación de miedo, de júbilo, de celos infantiles... ¿Mi llegada lo alegró o lo aterrorizó? De lo que puedo dar fe es de

que, a pesar de su fama, nunca atentó contra mi vida. Yo era su hermanita pequeña, Gaga, y él era mi Vava mayor, y nos llevábamos tan bien como nos lo permitía la diferencia de edad. Tengo incluso la imprecisa sensación de que, a su manera, M̀ankwatsi veló por mí durante mis primeros años con la prudencia discreta de un animalito salvaje.

Recuerdo, por ejemplo, la vez que nuestros padres se enzarzaron en una pelea tremenda: mi padre le gritaba a mi madre, que no se dejaba avasallar. Cuando mi hermano se dio cuenta de que yo estaba llorando en un rincón, salió corriendo de la casa. Al cabo de unos minutos volvió y me puso algo delante de la cara. Al principio creí que era un terrón, pero cuando quise apartarlo descubrí un gato, un cochambroso gatito negro. Estaba muy débil, le lagrimeaban los ojos, y muy calentito. Mi hermano lo había oído maullar esa misma mañana en el hueco de una roca y me lo traía para que me olvidara del alboroto. Aquella noche, mi padre y mi madre lucharon como las tormentas, pero Vava y yo dejamos de oírlos, absortos como estábamos en revolcar por el suelo a nuestra bolita de pelo y tierra caliente. Ya de madrugada, mientras yo dormía junto al animal, mi hermano se marchó. Al día siguiente, nuestros padres se reconciliaron y yo adopté a Tsöqamoki, Pelota-de-tierra, que fue mi primer gato, el fundador de una estirpe que aún hoy sigue mi estela.

La llegada de Tsöqamoki es uno de mis primeros recuerdos, aunque tengo muchos. El más memorable y difuso

es el de la lluvia chisporroteante que se oía sin cesar alrededor y dentro de nuestra casa. Al contrario que la del cielo, esta nunca cesaba: eran las carcajadas de mi madre y de las mujeres del clan de la Mariposa. Nuestro clan no era muy extenso, pero sí alegre, y estaba muy unido. Vivíamos en unas casas en las afueras de Oraibi y, a pesar de nuestro reducido número, formábamos un linaje bullicioso. Las mujeres trabajaban durante todo el día en la puerta de sus casas, acechando las idas y venidas de los hombres, interpelándose de una azotea a otra. Por la noche, cuando todo quedaba en calma, nuestras casas zumaban todavía con los murmullos, las risas ahogadas y, en algunas ocasiones, el canto de alguno de mis tíos.

En el núcleo de la colmena reinaba pacíficamente Itangu, la madre de todos nosotros, la más anciana de nuestro clan. Ella y su hermana vivían con su hermano menor en una casa que habían construido sus padres y alrededor de la cual había adosado su propia celdilla cada familia de la Mariposa. Nos gustaba repetir que nuestros tres ancianos sumaban más años que el resto de los miembros del clan juntos. Uno de mis tíos contaba incluso que, si se colocaban una detrás de otra, ¡sus existencias podían conectar un mundo con el otro! Sea como fuere, lo que es seguro es que atesoraban los secretos más antiguos de la Mariposa, incluidos los que se remontaban a los albores del Cuarto Mundo.

Además, no era raro que recibieran la visita de jóvenes sacerdotes o jefes de clan hopi deseosos de conocimiento. Una vez que averiguaban lo que deseaban fumando

un poco de tabaco con nuestro tío o compartiendo una taza de café con Itangu, los visitantes se retiraban educadamente para no cansar a nuestros mayores. Solo que algunos venían de tan lejos que les resultaba complicado volver a sus hogares. Como nuestra casa se encontraba justo encima de la de los ancianos, solían subir para disfrutar de un descanso. Y mi madre tenía fama de no dejar que nadie se marchara con el estómago vacío. Con la excusa de alabar un poco más a nuestros sabios, los viajeros remoloneaban encantados, repetían café, en el que migaban alegremente las finas tortas de *piki* que ella había estado horas preparando. Además de por moler muy fina la harina de maíz, nuestro clan era famoso por su poder para aplacar a los ansiosos y los abatidos... ¿Por qué iba la gente a renunciar a esos favores?

Cuando no eran los visitantes, eran las hermanas de mi madre quienes llenaban nuestra casa. Una historia que contar, un chisme que referir, una desgracia del marido de la que burlarse... Cualquiera excusa les valía para venirse a hacer allí lo que bien podrían haber hecho en las suyas: esculcar maíz, trenzar cestos, hacer guirnaldas de pimientos para secar... A ninguna le daban miedo las faenas, mientras pudieran realizarlas charlando.

Esta cercanía, sin embargo, no garantizaba la concordia. La lluvia fina de sus risas se transformaba a veces en un chaparrón de pedrisco, del que más valía mantenerse al margen. Siempre se desencadenaba igual: una acusaba a otra de haberse pasado de la raya bromeando con su

marido o con algún vecino, y la acusada respondía algo del tipo: «Hermana mía, si no tuvieras las narices tan grandes, no te dedicarías a imaginar lo que pasa al otro lado...». Se reían todas menos la interesada, que encontraba entonces otro motivo para la gresca con su hermana. El intercambio de pullas se intensificaba y las demás, por supuesto, tomaban partido. Algunas protegían a la primera, a la que consideraban ofendida, mientras otras defendían a su acalorada hermana. ¡Cla-cla-cla-cla-clac! El vocerío acababa llegando a oídos de nuestra anciana Itangu, y eso que estaba un poco sorda. Nuestra vieja madre acudía a nuestro encuentro y aplacaba los ánimos pidiendo a cada cual que expresara con claridad la verdadera razón de su resentimiento.

Cuando los hombres se juntaban con las mujeres, era distinto. Se hablaba también de esposas vigilantes tras sus grandes narices y de maridos sospechosos de cazar ciervas de dos patas, pero no se generaban tensiones, solo risas seguidas de caras y gestos que en su mayor parte yo no comprendía.

A mí lo que me hacía gracia de verdad era que el padre de mi madre, mi padre o alguno de mis tíos se tirara un pedo bien gordo, asegurando que había sido un trueno. ¡A poco que se picaran entre varios, armaban un escándalo de no te menees! Tras un instante de sorpresa, las mujeres se ponían como una furia, levantando los brazos hacia el cielo y advirtiéndoles de que cuando la tormenta pasara por encima del poblado sin regar los cultivos no

se atrevieran a protestar. Los hombres se tronchaban de risa, argumentando que, por el contrario, ellos eran buenos hopi. «¡Anda, mira, un espíritu que ha viajado por los cuatro horizontes!», declaraba alguno antes de hacer resonar otro estallido descomunal. Ellas se refugiaban en el otro extremo de la sala jurando que acabarían todos podridos por dentro. ¡Y que, de hecho, el proceso de descomposición ya se había iniciado, a juzgar por la peste que echaban! Yo me partía de risa.

Por desgracia, el trueno doméstico no siempre era de esa clase... Mi padre era capaz de desencadenar sin ayuda otro bastante más violento y devastador. No ocurría a menudo, pero yo había aprendido a detectar la amenaza en su semblante ensombrecido y a buscar después un lugar donde esconderme. Nunca he dejado de preguntarme por qué cuando eso sucedía mi madre continuaba cotorreando a su alrededor como si tal cosa, si el instinto de cualquier criatura viviente es buscar cobijo cuando se avecina la tormenta. Me recordaba al sinsonte que hace mucho tiempo, enviado al cielo por los ancianos para averiguar lo que se ocultaba detrás de las nubes, desafiaba sin miedo al viento y al temporal. Los ancianos temían por su vida cada vez, pero el pájaro, portador de conocimientos nuevos, siempre volvía. Las broncas acababan muy entrada la noche, demasiado tarde para que yo llegase a enterarme de si ella regresaba más sabia, pero, en cualquier caso, por la mañana la tormenta ya había amainado. La mirada de mi madre, lavada por las lágrimas, brillaba más que el día anterior.

Aparte de esas pocas noches, mis padres se llevaban bien. Aunque eran muy distintos —mi madre, vivaracha; mi padre, callado—, en el día a día habían encontrado una forma de equilibrio, un respeto mutuo que hacía de nuestro hogar un espacio a ratos alegre, a ratos sosegado. Por ejemplo, cuando mi padre volvía a casa, a menudo agotado por el trabajo realizado al aire libre, mi madre echaba con un manotazo a sus hermanas de la Mariposa para que él disfrutara de la paz que tanto necesitaba. Se sentaba a su lado y se dedicaba a tareas silenciosas, esperando a entablar —si a él le apetecía— una conversación parca acerca de temas importantes.

Mi padre le estaba agradecido y, si no tenía nada que decir, se retiraba a un rincón excavado en la parte de abajo de la sala donde había colocado su telar. Como muchos hombres de Oraibi, él era quien confeccionaba las piezas de lana y algodón para nuestras prendas de vestir y para uso doméstico. A diferencia de la mayoría, que lo hacía en la *kiva* —la cámara subterránea que se usaba tanto para las ceremonias como para las reuniones de los hombres—, mi padre prefería quedarse con nosotros. Se afanaba con una lentitud infinita, con una meticulosidad casi desmañada, rompiendo en muy raras ocasiones su propio silencio. Nadie disfrutaba los viejos cánticos que entonaba en aquellos ratos, salvo quizá las arañas y los escarabajos que vivían en las paredes de ese cubículo, y a veces yo misma, si lograba colarme en el taller.